

Cuaderno de Lilino Celebración y memoria de la vida

Elizabeth Johannessen

“De tener tú una casa, ¿qué harías?”

¿Qué cosas hay tan estremecedoras como el brote tierno en el tallo de una flor? Es la fragilidad de la vida en su inicio, el misterio que esconde su renovación, lo que conmueve. Es la repetición de esa canción escondida y antigua a la que canta el poeta. La voz poética no sólo celebra la vida del recién llegado, sino el hecho de que ella abre paso a la memoria de la suya.

Cuaderno de Lilino (1972), obra de Jesús Urzagasti dedicada a su hijo pequeño,¹ Deterlino, está conformada por fragmentos de prosa poética. En ella, la voz poética, la del padre, dialoga con el hijo sobre los mundos que ambos habitan y construyen. Rememora su propia historia y habla sobre el viaje que inicia el nuevo “navegante” y de su recorrido para revelar la incógnita de su vida. Este diálogo enfrenta la dicotomía entre un mundo de candor, magia e ilusión y otro, que sin dejar de ser “bello e incitante” estremece y recuerda el paraíso perdido; el quiebre entre el mundo armonioso de la naturaleza y el otro en el que el hombre ha irrumpido.

Ilusión y desilusión, vuelo y caída, erección y quiebre, por un lado; la palabra, la canción, como memoria de la vida, por otro, son los paradigmas sobre los que se construye el diálogo. La presencia del niño descubre un mundo pleno relacionado con los sueños, lo mágico, la inocencia, la ternura, el amor, el vuelo, los seres fantásticos, el asombro, la ilusión. Pero, también, le dice la voz del padre que su presencia en el mundo es una encendida, dolorosa y melancólica ausencia. El mundo del padre, el de los hombres, es un mundo escindido. En él, la conciencia de la muerte es el secreto de la vida.

La memoria de la vida es peso que luego el hijo tendrá que llevar, pero, por ahora, el padre le pide ob-

servar sin pensar en ello. Y se une a él para hablar de la esperanza que representa: “Allá van otros niños, parecen seres venidos para conservar como por arte de magia la pureza de un mundo que se ahoga cada día. Así lo dijiste tú, con la primera música que nos regaló tu corazón (8).”²

El padre añora el espacio ideal, radiante, que el niño habita. “Para llegar allí habría que tener el corazón profundamente conmovido por la visión de un avión de papel. Llévanos” (13). Viajar al mundo de Lilino requiere de la extrema sensibilidad del niño, de su capacidad de asombro. Pero el padre pide perdón al hijo porque esa posibilidad ya está perdida: “Perdónanos todo, así como nosotros tratamos de perdonar al mundo. ¡Cómo habríamos jugado, hasta caer en la hierba vencidos por la dicha, cómo habríamos jugado con la vida de haber sido el día inmenso y definitivo!” (*Ibid.*).

Lilino camina hacia su “no niñez”. Cambia. La opción de quedarse o dejar su mundo de ilusión tiene sus condiciones. Quedarse es no volver al mundo de los hombres, dejarlo es seguir el camino misterioso de la vida, que nadie puede imaginar, pero el padre sabe que él lo intuye. La voz del padre le transmite la sabiduría de los mayores para construir su vida sin miedo: “Me acuerdo lo que me dijo Don Heliodoro Moreno, viejo cazador de tigres: ‘el tigre no es malo, ataca sólo cuando ha sido ofendido’... No tienes por qué temer a nada” (15).

El padre le sugiere vivir con plenitud, con libertad, con intensidad; escuchar la música interior como única nave para llegar a su destino; liberarse de creerse poseedor del secreto de la vida: “Siempre es bueno no saber a saber. Preferible es no conocer, para que la vida sea un divertido aprendizaje. Saca chispas a tus espuelas, Lilino” (16).

¹ Como dice A. R. Prada en *Viaje y narración: Las novelas de Jesús Urzagasti* (La Paz: IEB/Sierpe, 2002), p. 433.

² Todas las citas de la única edición, ya mencionada, de 1972.

En la memoria del padre está su propia historia legada al hijo. El origen, la cultura con la que lo alimentan padre y madre marcan un territorio: “torta de maíz,” “miel de la selva,” cuentos “que conmoverán a tu pequeño corazón salvaje.”

Relatos y canciones, la palabra es memoria heredada: “Quieres perpetuar una raza: deja entonces que mis palabras corran y te hagan morisquetas, que jueguen con tus sueños. La vida te saluda y te mima. Pero deja que te cuente algo...” (12). Quizás el único sobreviviente de una “vieja raza de juglares,” recibirá la canción “que movilice su memoria.”

La diferencia entre contar una historia y forjar un cuento es lo que la vida te enseñará de a poco, le dice. En “esta suave ensalada de frutas diversas” se mezclan los sueños, la magia, la alegría, la eternidad, con el dolor y el presagio de la ausencia y la melancolía de la separación. Algún día, le dice el padre, renegarás de todo y cantarás con tu verdadera voz. Así como él siente la necesidad de decir. Y esa “canción misteriosa,” nostálgica, intensa será la única huella de su paso por la tierra. El canto del poeta es un instante de retorno hacia sí mismo en medio del viaje eterno: “Cantemos, Lilino, cantemos con el corazón. Mañana será un día inolvidable para nosotros. Lo vivido no parece jamás” (24).

Las palabras con que Wiethüchter sintetiza su análisis de la obra poética de Urzagasti, específicamente *Yerubia*, se ajustan totalmente a la propuesta de *Cuadernos de Lilino*:

... el relato poético recupera lo dinámico del mundo que viene a ser el soporte de un lenguaje de significaciones infinitas. Lo histórico ya no es negado sino asumido. El recuerdo no trabaja como un elemento que asegura un “estado de cosas,” sino que es activado y abierto para dar sentido y verdad a la experiencia. De ese modo, todo significa, todo es posible. La naturaleza y el hombre nuevamente pueden entrar en un diálogo, lo que hace posible la afirmación de la vida en un signo positivo y no en la destrucción. Y es, precisamente, esta lealtad al sentido, la que viene a ser el instrumento de la subversión en la poesía de Urzagasti: Primero, porque a pesar de la violencia, a pesar del destierro reconoce la fuerza y la vitalidad de lo humano... Y segundo, porque en ella se apoya el proyecto de una sociedad radicalmente distinta: aquella que retorna al hombre -pese a todo- el deseo y el sentido de su estar... (Wiethüchter 1985: 111)

El ejercicio de la escritura que propone el autor se dirige hacia un diálogo humano sobre la vida y su prolongación. Es un diálogo que restituye, además, el lugar y la función de la palabra en el mundo que construye. La palabra florece como la vida, como el hijo. La infancia del hijo es la infancia del padre, es la añoranza de un espacio físico y temporal que éste ya no puede habitar. Un pasado que sólo se puede recordar en el presente y el futuro del otro. La selva está en la memoria, al igual que la niñez. No obstante, ambas se recuperan por la palabra.

Junio de 2014

Bibliografía:

Prada, Ana Rebeca

2002 *Viaje y narración. Las novelas de Jesús Urzagasti.* La Paz: IEB/Sierpe.

Urzagasti, Jesús

1972 *Cuaderno de Lilino.* La Paz: s/e.

Wiethüchter, Blanca

1985 “Poesía boliviana contemporánea: Oscar Cerruto, Jaimes Saenz, Pedro Shimose y Jesús Urzagasti”, *Tendencias actuales en la literatura boliviana.* J. Sanjinés, ed. Minneapolis/Valencia: Institute for the Study of Ideologies & Literature/Instituto de Cine, Radio y Televisión.